

Feminidades y masculinidades emergentes. Del espacio público al privado, y viceversa

Rafael Montesinos*
Griselda Martínez V.**

Introducción

Si las ciencias sociales siempre están en constante desafío por el carácter general de su objeto de estudio, la realidad social, en las dos últimas décadas esto ha sido más complicado conforme el *rasgo distintivo del presente es el cambio*, la transformación dinámica de la realidad social: *la incertidumbre*. Evidentemente, la discusión de cualquier aspecto social conlleva por sí misma a confrontar una marcada complejidad que impide su clara comprensión, una interpretación lo mínimamente coherente que demuestre el carácter científico, ya sea de la sociología, la antropología, la psicología social, etcétera, confiriéndole una identidad, su relación con su entorno y en forma necesaria, su ubicación en el espacio social que se inscribe.

Quizás los primeros trazos de una interpretación sobre la realidad social que persigan la ubicación del objeto de estudio tendrán que situarla en la dimensión física del espacio que ocupa, lo urbano o lo rural, lo privado o lo público, así como también si se trata de una expresión colectiva o individual. Obvio, conforme

* Profesor-investigador. Departamento de Sociología. UAM-Iztapalapa.

** Profesora-investigadora. Departamento de Producción Económica. UAM-Xochimilco.

avanza más la modernidad, es necesario reconocer que lo urbano, y por ello las ciudades, constituyen el espacio predominante en la reproducción social, de tal manera que la *ciudad* siempre evoque construcciones que el imaginario colectivo tiene respecto de ellas, la *ciudad* emerge como lo “realmente” representativo de una sociedad, de un pueblo, de una cultura; sin embargo, si bien este referente nos permite situar a los sujetos colectivos e individuales en un espacio físico, la complejidad que supone la gran diversidad económica, política y cultural que ella encierra, la hace incomprensible, sobre todo si la pensamos en la lógica contradictoria de sociedades tan diferenciadas como las latinoamericanas, lo cual nos obliga a reconocer que prácticamente sea imposible hablar de una ciudad aunque nos refiramos al mismo espacio social, pues en realidad una ciudad es síntesis de los diversos aspectos del complejo proceso social: las modas que igual influyen en la arquitectura, la forma de la infraestructura, el parque vehicular, la publicidad, los emblemas históricos que promocionan el sentido nacional, las formas en que se ocupa el espacio urbano para la reproducción del poder (la política), aspectos de la economía que se observan tan sólo al atender las vestimentas de los peatones, o el aspecto que ofrece la presencia de la economía informal y los limosneros, en contraste con lo que sugieren las grandes obras, en lo ostentoso de los grandes centros comerciales, del caos que provoca la falta de planificación o la ausencia de una cultura ciudadana que refleje el compromiso social que supone el *ser ciudadano*, etcétera. Se trata de observar cómo se va plasmando el *tiempo* en la imagen de una ciudad, de desarrollar la capacidad para comprender sus símbolos y diversas manifestaciones vivas de lo social.

Desde esa perspectiva, se intentará sugerir algunas claves para comprender cómo *las ciudades*, específicamente la Ciudad de México, pueden ser interpretadas desde la perspectiva de las representaciones de la feminidad y la masculinidad, como expresión simbólica de identidades emergentes que se debaten entre la tradición y la modernidad. Así, la ciudad nos permitirá leerle como el espacio urbano en el cual se reproducen las relaciones entre los géneros, las representaciones derivadas de los cuerpos de mujeres y hombres, y por ende las propias contradicciones que se dan a partir de ellas.

Las nuevas identidades genéricas y sus expresiones urbanas

Una posible interpretación respecto de las grandes urbes, como es el caso de la Ciudad de México, es la coexistencia de la *tradición* y la *modernidad* y de las contradicciones que de ahí derivan. El obligarnos a centrar la atención en una de las posibles representaciones que explican un aspecto de esa complejidad urbana, necesariamente nos conducirá a descubrir cómo es que en el campo concreto de la reproducción social, también se advierte tal confrontación, esto es, la coexistencia entre *representaciones*

significativas del pasado con representaciones emergentes que dan cuenta del cambio social al que se somete toda cultura, particularmente la que acontece en el espacio de las grandes ciudades, condición que en mucho explica su exposición a las *megatendencias que sigue el mundo globalizado* (Naisbitt y Aburdene, 1998).

En ese sentido, habrá de considerarse, primero, la concreción del cambio cultural, esto es, la transformación de las prácticas sociales como expresión de la emergencia de nuevas identidades femeninas y masculinas, de nuevas representaciones sociales (estereotipos) de los géneros, y por ende, la transformación del espacio público y privado, en la medida en que son el espacio en el que se produce esta transformación. Ello no pretende sugerir que se supera la reproducción social que representa lo tradicional, el pasado, dando paso a una nueva etapa "realmente nueva", sino por las propias características de nuestra sociedad; reconocer que se trata de un momento marcado por la coexistencia del pasado y el presente, proceso que bien puede estar dominado por una u otra imagen: *tradicción* o *modernidad* (Lipovetsky, 1986). De tal manera, la contradicción que puede sugerir la fisonomía de la *ciudad* capte, también, las contradicciones de una cultura cambiante, diferenciada, y por tanto, contradictoria, en este caso, conflictiva, pues se intentará mostrar cómo la confrontación de los sujetos que comparten los valores de una cultura tradicional se enfrentan en el campo de lo público y lo privado, con quienes pretenden ser portavoces de nuevos referentes socioculturales. Por eso, se procurará atender las representaciones sociales más significativas que determinen las representaciones dominantes y las que van desapareciendo de un imaginario colectivo que idealiza su futuro inmediato, como un nuevo tiempo social que supere el carácter represivo de una cultura tradicional, que en su expresión patriarcal, y en ocasiones marcadamente machista, resultaba represora tanto para hombres como para mujeres. Se pone particular interés en *las representaciones urbanas de los estereotipos femeninos y masculinos dominantes*, en la medida que éstos sugieren un *sistema de interpretación de la realidad y orientación de los comportamientos* (Jodelet, 1986:488), por lo cual sugieren una de las rutas objetivadas del cambio cultural.

La confrontación entre *tradicción* y *modernidad* en su expresión a partir de las representaciones entre estereotipos del pasado y estereotipos emergentes, tanto femeninos como masculinos, reflejan el agotamiento de una representación femenina que corresponde a una etapa de la cultura nacional, en la cual es central la figura de la *familia nuclear* (el hombre, padre, como proveedor económico, y la mujer como garante de la reproducción familiar: al primero se le concede socialmente el espacio público como propio de su género, y a la segunda, el espacio privado al cual queda confinada), y de la *modernidad urbana* que se manifiesta mediante prácticas sociales objetivadas a partir de presencias concretas de mujeres en los diferentes espacios públicos, normalmente reservados para el hombre. Esa presencia pública, tanto en la

esfera del mercado como en el de la política son, por excelencia, la mejor representación social de la modernidad, de lo urbano, de lo esencialmente ciudadano, por medio del cuerpo de mujer.

La representación social de la mujer y su reproducción objetiva en la ciudad

El cambio cultural se observa a partir de prácticas sociales que comprueban que la representación tradicional de la mujer, *ama de casa*, y todo lo que sugiere al imaginario colectivo, comienza a abandonarse en cuanto a lo que prácticas concretas en la vida cotidiana se refiere, como es el caso de lo público. Si a partir de los cincuenta se observa la presencia progresiva de las mujeres en las diferentes ramas de la economía, independientemente de la *doble jornada* que justificadamente criticaron las feministas, la presencia femenina en el mercado de trabajo refleja la transformación en la interacción social tanto en los diferentes espacios laborales, por ejemplo las empresas o instituciones públicas, como en el espacio estrictamente público. Los transportes públicos, así como la calle, en general, es el espacio donde emerge una *nueva representación de la mujer mexicana*, de la mujer moderna que contraviene la representación tradicional de la *mujer abnegada* (entregada a los otros, subordinada a la autoridad del marido, y sujeta a las necesidades de los hijos). Se trata de un proceso social que poco a poco va siendo cada vez más manifiesto, y que se capta a través de la metáfora de la *conquista femenina del espacio público* (Martínez, 1993); alude a una transformación silenciosa que avanza rápidamente y que trasluce la emergencia de nuevas formas de interacción social, de tal forma que la calidad abstracta de lo que se puede suponer a partir de *una representación social*, adquiere objetividad mediante la transformación de la vida diaria, del nuevo rol que desempeña la mujer tanto en el espacio privado como en el público. Como lo señala Jodelet:

Las necesidades de la colectividad que la integra hacen de ella un instrumento que producirá sus efectos al convertir los marcos habituales de representación de la realidad y al cambiar el contenido de nuestras experiencias y de nuestras percepciones. De esta forma, el cambio cultural puede incidir sobre los modelos de pensamiento y de conducta que modifican de manera profunda las experiencias por mediación de las representaciones (Jodelet, 1986:491).

A esto habrá de agregarse que las prácticas que poco a poco van “justificando” una sociedad tradicional anclada a prácticas del pasado, permiten la consistencia relacional entre representación y práctica social, entre imagen compartida por una colectividad y su expresión objetiva que permite confirmar la validez de una representación emergente

que comprueba el proceso del cambio cultural (Moscovici, 2003).

La nueva representación femenina (mujeres que trabajan) que se confirma en el ámbito concreto de una *megaciudad*, como es el caso de la Ciudad de México a partir de los años setenta, se expresa en el ámbito privado a partir de la reestructuración de la *familia nuclear*, como lo sugerimos en líneas anteriores. La mujer se sujeta a un doble rol social que corresponde a su papel como madre/esposa, y a su papel como trabajadora o empleada; la *doble jornada* representa esta transformación cultural que altera el orden tradicional en el espacio privado. La representación de esa mujer se da a partir de una contradicción entre el papel tradicional y su expresión moderna como mujer que trabaja. El conflicto que vive a partir de ese nuevo rol social, se debate entre una actitud de entrega y subordinación al orden patriarcal que le obliga a cumplir con su responsabilidad de *ama de casa* y con su nueva imagen de mujer moderna que la obliga a cumplir con su compromiso en el mercado de trabajo. La *doble jornada* aparece como la sobreexplotación de un nuevo papel femenino que, además, es cuestionado por la estructura conservadora de una sociedad patriarcal, y que en su espacio público, en el laboral, explica las limitaciones que tiene por la representación predominante del papel de una mujer, que en el buen sentido de una cultura tradicional, no acepta todavía la presencia femenina en el espacio público, y que en la actualidad tiene su explicación a partir del concepto de *Techo de cristal* que alude al *límite cultural que se impone para impedir o reducir el acceso de las mujeres a las esferas más altas del poder* (Martínez, 2001).

Sin embargo, la progresiva presencia de la mujer en la economía permitió que poco a poco la sociedad fuera valorando su trabajo remunerado, al mismo tiempo que los ingresos que aporta al gasto familiar, fueron siendo cada vez más importantes en la reproducción material del espacio privado. La percepción masculina respecto de la significación de ese aporte, pasó de considerar el ingreso de la mujer como “una pequeña ayuda” al gasto familiar, a una cuestión de orden fundamental para el consumo de ese núcleo. Se trata de un claro proceso de cambio que corre desde una etapa de la sociedad mexicana en el cual existe total certidumbre, hasta los dolorosos años de las crisis marcados por un conflictivo sentimiento de incertidumbre. *La crisis económica tiene un efecto negativo en la seguridad que antes confería el pasado, pues la crisis y su posible lectura desde el “sentido común” dibuja un futuro poco alentador, marcado por una latente dificultad para la reproducción de una sociedad que ya comenzaba a disfrutar de la lógica consumista que le ofrecía su precario trayecto en la modernidad.* Lo que se observa en ese proceso es un cambio en la valoración social de la imagen femenina, y por ende, una desvalorización de la representación masculina, bajo el papel masculino de proveedor exclusivo de la familia (Montesinos, 1995).

El cuerpo masculino deja de ser la mejor representación social del poder, de la autoridad, de la inteligencia, y los símbolos que a esas representaciones se refieren;

en la medida en que la mujer participa en posiciones de poder, van siendo cada vez más compartidas por los dos géneros.

La mujer y el trabajo. La reproducción material en el espacio urbano

Concordamos con la idea de Marvin Harris (1984), quien señala que la transformación del mercado de trabajo de Estados Unidos, en cuanto a la participación femenina, se dio con bastante antelación al significado cultural que tuvo el movimiento feminista, y que por tanto sugiere que el cambio cultural había comenzado con anterioridad a la emergencia de este nuevo actor político. La idea es considerar que, en todo caso, como la cultura abarca todos los ámbitos de lo social, hay una serie de transformaciones que acontecen en el ámbito de las estructuras económicas que tienen su repercusión tanto en lo político como en lo "cultural", si con ello nos referimos a los fenómenos registrados en el mercado y el ámbito de lo estrictamente político. Desde esa óptica, lo cultural se situaría en el *espacio privado*, en la reproducción de la vida cotidiana que sólo es posible por el contacto *cara a cara* (Heller, 1991).

Sin embargo, desde la perspectiva de la teoría de los sistemas, la interrelación entre los subsistemas (economía, política y cultura) nos obliga a reconocer que la transformación de uno de esos ámbitos necesariamente tiene su efecto en el conjunto sistémico, en una parte más que en otra, pero esa transformación registrada en un ámbito tiene su impacto en el conjunto. Se trata de identificar cuál fue el fenómeno más influyente para generar el desencadenamiento del *cambio cultural*, que nos permite observar la emergencia de identidades femeninas y masculinas contrapuestas a la *tradición* más que de restar importancia al aporte del movimiento feminista. De esa forma, sería prácticamente imposible omitir que la participación progresiva de la mujer en el mercado de trabajo representa el inicio de un proceso de transformación tanto del espacio privado como del público. Por lo cual deja de ser importante identificar el origen causal de dicho fenómeno, pues basta concebir la disposición simultánea de los dos ámbitos, ya sea que el mercado presentara tal oferta de empleos lo suficientemente vigorosa como para vencer la resistencia de las familias mexicanas de los años cincuenta y sesenta, claramente conservadoras o que la necesidad económica de las mismas propiciara la aceptación de los jefes de familia para que sus mujeres (esposa y/o hijas) salieran en búsqueda de trabajo.

La presencia diversificada de las mujeres en el mercado de trabajo es expresión de la transformación del espacio público, cuyo efecto se observa a partir de una presencia masificada de la mujer en el espacio urbano. La ciudad poco a poco va cambiando de rostro, y así como el desarrollo de la capital de la República Mexicana adquiere la mejor expresión de la modernidad por medio de la infraestructura urbana y por la edificación de una considerable parte de su espacio, la modernidad también se expre-

sa a partir de la nueva presencia femenina, de la mujer ciudadina que se incorpora al trabajo de oficina, al trabajo administrativo o manufacturero de la industria mexicana, de los servicios que incipientemente se observan ya desde esos años. En su proceso de transición, que en el plano político tiene su parteaguas con el *Movimiento estudiantil del '68*, la sociedad va construyendo las instituciones que le habilitan su paso a la democracia y con ello la ampliación de un derecho que al menos en lo laboral contempla los derechos de las trabajadoras mexicanas. Incapacidad por maternidad y por cuidados maternos son los aspectos más visibles de transformación en el campo de las relaciones laborales; después, vendrían los reglamentos que atacarían el acoso sexual, así como el problema de la discriminación genérica, cuya presencia se combate desde la lógica de los derechos humanos.

De hecho, la figura femenina que surge a partir de la incorporación de la mujer al trabajo remunerado es correspondiente a la *doble jornada*. El cumplimiento de las obligaciones contraídas a partir de un trabajo formal, remunerado, y después, al llegar al hogar, el cumplimiento del trabajo doméstico asignado culturalmente a la mujer, es el objeto político que justificadamente pelean las feministas. La combinación entre el trabajo remunerado y el trabajo doméstico refleja la forma como las sociedades patriarcales someten a la mujer a una *sobreexplotación*. La mujer moderna de las ciudades se proyecta a partir de esta representación de la mujer que cumple con la *doble jornada* en un contexto en el cual la economía mexicana se encontraba todavía estable, las décadas de los sesenta y los setenta. Sin embargo, a partir de esta situación, de subordinación de la mujer mexicana, así como las de todo el mundo, encuentra su solución a partir de que comienzan a generarse las condiciones para que la mujer obtenga su independencia económica, que es el origen de su independencia como sujeto autosuficiente, como lo sugería Simone de Beauvoir en el *Segundo sexo*. En el terreno estrictamente económico, el ingreso de la mujer es considerado por su pareja o por su padre como un pequeño apoyo al ingreso familiar, que depende fundamentalmente de los hombres; sin embargo, poco a poco, la participación de la mujer va haciéndose cada vez más significativa y con ello se observa la revaloración social de esta nueva mujer que va consolidando su presencia conforme la sociedad avanza en la lógica de la modernidad.

La contraparte de este proceso que se observa en el espacio público, particularmente en el mercado de trabajo, tiene su correlato lógico en el espacio privado. El desdoblamiento del rol femenino que se expresa a partir de la *conquista del espacio público* (Martínez, 1993), el desplazamiento de la mujer del ámbito privado al público, supone también la transformación del espacio familiar, la afectación de las relaciones de pareja y familiares. Dicho proceso de cambio es captado a partir de la transformación de la *familia nuclear*, la cual gira en torno al papel del hombre como proveedor de la familia, y de la mujer como garante de su reproducción, del papel madre/es-

posa que se materia-liza a partir del confinamiento de la mujer al espacio privado. El hecho de que la mujer deba cumplir con una jornada de trabajo fuera del hogar, transforma radicalmente las relaciones en el espacio privado. Simplemente, la carga de la *doble jornada* trasforma el ánimo de la mujer respecto de su función: se trata de un agotamiento superior al que se enfrentaba la mujer en la lógica de una sociedad tradicional que restringía la responsabilidad del hogar a su papel como madre/esposa. El cumplimiento de su deber fuera del espacio privado, provoca de antemano una dedicación menos eficiente respecto de obligaciones domésticas, se reduce el tiempo dedicado al cuidado de los hijos, y se merma la disposición femenina respecto de los caprichos masculinos.

La *familia nuclear* se desarticula por la ausencia femenina, situación que una sociedad tradicional reclama a favor de los hombres, la actitud rebelde que provoca el agotamiento por atender una *doble jornada*, así como la posible emancipación económica que le concede la realización de un trabajo remunerado, genera una relación de pareja y familiar conflictiva. Esta situación que viven las familias, según sea el sitio de la escala social en la que se ubiquen, también es otro de los rostros que adopta la modernidad en el espacio urbano. La imposibilidad de la mujer para regresar al pasado y la obstinación de los hombres para replantear su papel en la reproducción de las relaciones familiares, son en buena parte la causa de la descomposición social que se vive en ciudades como la capital de la república mexicana. No es en vano que esta situación sea el blanco de las principales propuestas de las fuerzas conservadoras de nuestra sociedad que demandan el retorno de la madre/esposa responsable de la reproducción familiar, como fue el caso del secretario del trabajo que en los festejos del *día internacional de la mujer*, en marzo de 2001, señalaba que la nueva Ley Federal del Trabajo, habría de considerar el papel preponderante que desempeña la mujer en la reproducción de la familia (*La Jornada* 18/03/2001), opinión que obviamente emula el papel tradicional de la mujer confinada al espacio privado y, por ello, ajena al ámbito público, en ese caso, el mercado.

En la ciudad se advierte una nueva presencia que revolucionará silenciosamente nuestra cultura: el hombre tradicional, acostumbrado a ejercer el poder sin cuestionamiento alguno por parte de la mujer, comienza a ser un ente del pasado. A nuestros días, el proceso está en marcha, sin que ello quiera decir que la mujer se encuentra en total igualdad en relación con el hombre. La mujer incorporada al mercado de trabajo es una de las principales representaciones de la modernidad urbana que vivimos en la contradictoria y desigual Ciudad de México.

La liberación femenina construyendo el nuevo rostro del espacio urbano

La revolución sexual en nuestro país, y particularmente en la Ciudad de México, entidad urbana más expuesta a las influencias culturales del entorno, no tuvo necesariamente la expresión política que en los países del primer mundo donde, en las principales ciudades, tuvieron efectos las connotadas manifestaciones feministas que exigieron el respeto a su sexualidad. El enseñar públicamente el busto desnudo en esos eventos representó el hartazgo de una generación que en medio de las acciones bélicas de las potencias mundiales, principalmente de Estados Unidos y la permanente amenaza de la Guerra Fría, enfrentó al orden social establecido a partir de una actitud definitiva por parte de los jóvenes en contra de la guerra y de cualquier expresión conservadora, que en el terreno de la sexualidad manifestaba sus esencia represiva.

Los movimientos contraculturales que acontecieron en los sesenta (el *hippie* y el feminista) son la mejor expresión del rechazo que las nuevas generaciones hicieron contra el carácter represor de la cultura conservadora (Bell, 1988). La libertad de expresión a la que tuvieron acceso las mujeres para luchar contra la tiranía de una sociedad patriarcal, permitiendo al feminismo constituirse en un objeto de la política cada vez más protagónico, trajo a la escena social la discusión de los derechos de las mujeres. Esta lucha política fue adquiriendo objetividad conforme las sociedades modernas del primer mundo fueron creando las instituciones necesarias para garantizar la defensa de los derechos femeninos y la promoción de la igualdad entre los géneros. En el caso de sociedades como las nuestras, adolecimos de ese *movimiento*, pero los efectos nos llegaron por medio de la influencia cultural a la cual están sometidas las sociedades como las nuestras. Así que la "lucha" contra la sociedad patriarcal tomó otros derroteros, diferentes a los que se veían, por ejemplo, en el país vecino. En lugar de guerra entre los sexos, estuvimos expuestos a reproducir en nuestra vida cotidiana los cambios que juzgábamos correspondía a las nuevas generaciones; influenciados por las modas *hippies*, los estereotipos tradicionales fueron exhibidos como expresiones anacrónicas del conservadurismo, el pelo largo, las minifaldas, y toda la parafernalia del momento fueron incorporadas en los espacios urbanos. Las ciudades se convirtieron en el espacio de reproducción de esta contracultura: las principales ciudades de la república mexicana, y de manera destacada la capital, fueron el escenario de la incorporación de México a la modernidad. El *amor libre* fue el emblema de la juventud y bandera en la lucha generacional de una sociedad conservadora que se resistía a ceder espacio a las nuevas formas de expresión de los géneros.

Sin embargo, la "revolución sexual" tuvo su expresión silenciosa en la reproducción de las nuevas generaciones urbanas, que en una contradicción cultural debatida entre el libre ejercicio de su sexualidad y la sobrevaloración de prácticas que responden a conductas conservadoras, comenzó a reflejar poco a poco su efecto en la desvalorización de la virginidad y de la institución del matrimonio. El acto sexual antes del matrimonio, en el caso específico de las mujeres, en un contexto en que el propio Estado promovía

el uso de métodos anticonceptivos, fue el contexto en el cual se tradujo la *revolución sexual de los sesenta*, cuya expresión objetiva se observó progresivamente a partir de los años setenta. Los referentes culturales que los jóvenes tenían respecto al emblema generacional del *amor libre*, y la publicidad gubernamental de *la familia pequeña vive mejor*, constituyeron la tenaza con la cual la modernidad mexicana confrontó su propia *tradicición*. Respecto de los índices de natalidad, como ya lo planteó Martínez, V. (1993), en las ciudades, más que en el medio rural, se registró la disminución de este importante indicador, situación que sugiere cómo en las grandes urbes se facilitan más los cambios culturales y sus tendencias en cada ámbito social. El carácter revolucionario de “la píldora” y otros medios de anticoncepción proyectaban a la Ciudad de México como el centro urbano en el cual la sociedad mexicana estaba modificando sus valores. La comparación entre la media del índice de natalidad a escala nacional, y el del Distrito Federal, sugería el efecto de la *revolución sexual* en la capital de la república, pues a pesar de la heterogeneidad sociocultural que caracteriza a esa *megaciudad*, se advirtió una disminución significativa en la población en esa entidad. Por ejemplo, la tasa media nacional de natalidad disminuyó de la siguiente manera: de 2.59 en el periodo 1970-1990, a 2.03 entre 1990-1995, y 1.54 para 1995-2000, mientras que en el caso particular del Distrito Federal se comportó de la siguiente manera: 0.9, 0.54 y 0.28 para cada periodo (INEGI, 2001: 9). Respecto de la tasa global de fecundidad a nivel nacional, va de 3.5 en 1989 a 2.3 en el 2001; en el caso del Distrito Federal va de 2.2 a 1.8 para los mismo años (INEGI, 2001:42).

Evidentemente, el significado de la *revolución sexual* en el contexto de la reproducción social, expresa: 1) que la sexualidad dejaba de circunscribirse al propósito exclusivo de la reproducción; 2) el paso de la mujer de objeto a sujeto sexual; y 3) de reconocer a la sexualidad como la vía más adecuada para alcanzar el placer. En ese sentido, la *revolución sexual* se expresaba concretamente a partir de *liberar a la mujer del peso de la reproducción* (Muñiz, 1994). El método anticonceptivo utilizado por las mujeres representó la posibilidad de romper con el pretexto de toda sociedad tradicional que pretendía justificar el confinamiento de la mujer al espacio privado. La posibilidad de contener el número de los hijos y el poder que la mujer comenzó a sentir para planificar la llegada de los mismos, le imprimió nuevas sensaciones de libertad. La responsabilidad social que exige una familia numerosa y la falta de compromiso de los varones en su participación en el hogar, hacían de la mujer una presa fácil de la reproducción. *El malestar en la cultura*, como lo sugiere Freud, aparecía en el imaginario femenino como aquella fuerza invisible pero represiva que toda cultura representa, en un malestar originado por el sentimiento de confinamiento, de falta de libertad, por una desigualdad respecto de los hombres, que les coartaba la posibilidad de transitar libremente entre el espacio privado y el público. Se trataba del peso cultural que recae en las mujeres por el solo hecho de ser las responsables de la reproducción,

creación y procreación de los hijos, así como de la responsabilidad integral del hogar. Lo que daba una clara forma a un aspecto del rol femenino en cuanto a su *deber ser a partir de los otros*, del papel *madre/esposa*, que obligaba a las mujeres a negarse como sujetos propietarios de sus cuerpos y de su vida.

Ese papel tradicional de la mujer, en cuanto al rostro femenino de la Ciudad de México, era una de las representaciones sociales que proyectaba en el imaginario colectivo un estereotipo de la mujer confinada al espacio privado, a cargo de las actividades domésticas que definían su identidad, de tal manera que la indumentaria con la que arranca la campaña mercadotécnica de los cincuenta al introducir los artículos y productos de la modernidad que ofrecían hacer más amable la vida de las *amas de casa*, invariablemente recurrían a la imagen doméstica de la mujer (mandil, escoba y estropajo en mano). Sin embargo, tanto la televisión, los espectaculares y la publicidad en las revistas femeninas en obvio incremento, observaron un proceso de transformación que retrató el paso de la mujer tradicional a la mujer moderna. Las escenas eran captadas no solamente por la presencia mercadotécnica de estas mujeres, tanto en el espacio urbano como en el estrictamente mediático, sino que además eran reforzadas por el cine mexicano de esos años que tanto explotó la imagen de la mujer abnegada (Tuñón, 1999). Así que el control de la natalidad definitivamente constituyó un claro cambio en el peso de las responsabilidades femeninas, a menor cantidad de hijos mayor posibilidad de verse a sí misma, de compararse con el otro, la posibilidad de pensarse con tiempo de sobra y encontrar el lugar privado como un espacio de posible ocio, y por tanto, como la oportunidad de desvalorizar ese sitio vital para la reproducción del orden de una sociedad conservadora. El espacio público como lugar donde se consuma la libertad, va siendo progresivamente más valorado, las posibilidades que las ciudades representan se van constituyendo en objetivo de los proyectos de vida de las mujeres modernas del México contemporáneo del cual, poco a poco, se fueron apropiando. El rostro masculino del espacio urbano se fue desfigurando hasta representar equi-libradamente el binomio masculino/femenino. Como lo sugiere Bourdieu al relacionar el espacio físico como espacio ocupado por agentes individuales o grupos físicamente localizables:

Así, la estructura del espacio se manifiesta en los contextos más diversos, en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social. En una sociedad jerárquica no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales... (Bourdieu, 1999:120).

En ese sentido, sí es pertinente considerar el espacio urbano como uno de los espacios sociales donde se reproducen las relaciones de género, y éstas por definición

están marcadas por una desigualdad favorable al género masculino, la impresión o una de las posibles impresiones sobre el cambio cultural ha de encontrar en las grandes ciudades como la de México, un magnífico escenario para dar significación a las representaciones sociales correspondientes. Esa condición simbólica que se fue construyendo en la misma medida en que se hacía más evidente cómo las mujeres mexicanas conquistaban el espacio público (Martínez, 2001), necesariamente tiene su interpretación visual en las imágenes de la vida cotidiana capitalina, así como en cualquier otra ciudad adquiere materialidad la especificidad cultural de la cual ha de constituir una de sus mejores expresiones.

Obvio, el efecto de la *revolución sexual* en el control de la natalidad liberó a la mujer del mayor peso que representaba la *familia numerosa* con que normalmente asociamos las imágenes de las *familias tradicionales*, pero si en principio la *píldora* u otro método anticonceptivo le permitió descubrir su cuerpo, saber que no sólo es un vehículo para la reproducción, el descubrir la sexualidad como una prometedora veta de placer, fue lo que permitió a las mujeres modernas constituirse como *sujetos sexuales* emancipados de las necesidades de los cuerpos masculinos. Así que en el proceso de transformación de los estereotipos de la mujer, dimos cabida a la imagen de la *nueva mujer moderna, liberada del peso de la tradición*. La presencia de esta nueva figura femenina fue el origen de la construcción social de *identidades genéricas emergentes* que nos permitió observar a la mujer como una imagen promotora de la *modernidad*, la imagen contracultural de una tradición que mantuvo subordinada socialmente a la mujer.

La imagen de la *mujer abnegada* va siendo sustituida en el espacio de la gran ciudad por una mujer que progresivamente va participando en todos y cada uno de los ámbitos de nuestra vida social, lo mismo en la actividad económica, como en el terreno específico de la política, las artes, el espectáculo, los deportes, etcétera... Como actor del acontecer social y como receptor, esto es, como parte activa y como parte de un público que tiene derecho a consumir todo lo que la sociedad pone a su disposición. La mujer moderna se apropia del espacio urbano, presencia que se hace visible por el solo desplazamiento del cuerpo femenino en las calles. Y si bien nuestra sociedad expresa la contradicción cultural de un proceso que todavía no alcanza a resolver el predominio de la *tradición* o la *modernidad*, no cabe duda de que la representación social validada por los medios de comunicación masiva, sobre todo a partir del papel que desempeña la publicidad en televisión, revistas y espectaculares, sugieren un referente para el imaginario colectivo que no sólo destaca la imagen de la *mujer moderna*, sino la idealización y por ello valoración del equilibrio entre los géneros. Si esto es así, consideremos cómo de esa imagen que nuestra sociedad se preocupa por proyectar, se desprende una relación diferente al pasado entre los géneros. Ya no es posible señalar que el varón mexicano continúa reproduciendo la imagen del *macho mexicano*, puesto

que si ello fuera así tendríamos que reconocerle como predominante cuando menos, situación menos posible de expresarse en el caso de la Ciudad de México, donde el intercambio con lo que acontece en las ciudades más importantes del mundo es muy visible, al igual que lo es la influencia de la modernidad en el terreno, sobre todo, de la igualdad entre los géneros.

La *mujer moderna* aparece proyectada en los espacios publicitarios a partir de conceptos que la presentan como estereotipo ideal de lo femenino, dando un sitio muy particular a la *mujer activa*. Así que el primer recurso publicitario es darle forma a un estereotipo femenino sustentado en la figura de una mujer que trabaja, y todavía mejor si se trata de una mujer que por el tipo de vestuario que porta, el contexto en el que se desenvuelve, es fácil deducir que se trata de *una mujer que ejerce el poder*. Esta situación es reforzada, con mucho, por el papel que la mujer realiza en los medios a partir de su desempeño político: eso la hace visible a partir de su presencia en todas las fuentes mediáticas que explotan la política como su espacio informativo; noticieros televisivos y periódicos, fundamentalmente, aunque también es obvia su presencia a partir de su participación en la radio, así como en todo tipo de revistas.

También es cierto que se maneja la imagen femenina como un objeto del deseo masculino y con un grado de superficialidad de la mujer consumista, que podría ser censurable desde el punto de vista de reproducir en esencia los mensajes respecto del papel subordinado de la mujer. Sin embargo, si pensamos por ejemplo en los promocionales de *soy totalmente palacio*, exitosa campaña publicitaria del *Palacio de Hierro* y sin duda una de las más sobresalientes en los tres últimos años, no podemos negar la expresión claramente moderna del papel consumista asignado a la mujer, y quizás hasta posmodernista, pues nos presenta a una mujer instalada en el hedonismo del consumo, nada raro en el corazón de una sociedad industrial, donde se destaca como uno de los grandes beneficios del individualismo posmoderno (Lipovetsky, 1986). Por otra parte, se explota también una de las imágenes de la mujer moderna, explícita a partir de su figura esbelta y de una evidente sensualidad; es el manejo de la figura femenina que en el contexto de un cambio cultural más próximo a la modernidad, refleja la superación del tabú que significaba para las sociedades conservadoras erradicar de sus mensajes cualquier posibilidad de manejar al cuerpo como vehículo del deseo. En ese contexto, tendremos que reconocer la emergencia del cuerpo femenino como algo socialmente aceptado (independientemente del rechazo que hacen explícito algunos grupos conservadores, como es el caso de Provida, que se ha visto envuelto en varios conflictos de corte cultural y de corrupción), independientemente de la manipulación que se haga de la mujer como objeto del deseo masculino. Es el caso, por ejemplo, de una marca de sostenes llamada *Wonderbra*, donde la desnudez del cuerpo no se eclipsa por la presencia de la prenda femenina, sino que además es explotada eróticamente, al traslucir un generoso busto que exaltó los sentidos de algunos grupos conservadores,

cuyo encono favoreció todavía más la campaña publicitaria.

El cuerpo femenino, y por tanto *el ser mujer*, es referente publicitario para introducir en el mercado artículos deportivos o espacios propios para tal actividad. El cuerpo femenino aparece sustituyendo espacios que en el pasado sólo eran atribuibles al cuerpo masculino: así, no resulta extraño ver en la publicidad a la mujer haciendo boxeo con el equipamiento más moderno, para promover las campañas de inscripción a cualquier club deportivo, es el caso de los espectaculares de *Sport City*, campaña que ahora se ve más representada por la imagen de mujeres que hacen deporte, explotando el papel de las deportistas que han sobresalido en estos dos últimos años, ante la presencia poco eficiente de los deportistas mexicanos. Del mismo modo, la imagen de Ana Gabriela Guevara, quien ha realizado una excelente campaña deportiva después de los juegos olímpicos del 2000, y que se proyecta como la gran figura del deporte mexicano, apareció desde entonces en un sinnúmero de espacios publicitarios, ya sea televisión, espectaculares, periódicos y revistas, promocionando diferentes marcas, hasta convertirse en uno de los mejores íconos de la mujer mexicana moderna de inicios de siglo, condición que no tiene parangón con alguna figura masculina, en cualquiera de los ámbitos de la sociedad mexicana.

Esas imágenes y muchas otras más nos permiten afirmar que al menos el rostro publicitario del espacio urbano de la Ciudad de México es una excelente expresión de la tendencia social a equilibrar la relación entre hombres y mujeres. En la medida en que la mujer se va apropiando del espacio público, su presencia en la ciudad va combatiendo la imagen de una sociedad que exaltaba el predominio masculino sobre las mujeres. Por ello, ciudades tan importantes como la Ciudad de México, pueden pretender que son claras expresiones de una rampante modernidad, que comparten con las megalópolis que impulsan este complejo y contradictorio proceso de globalización.

Las identidades emergentes tanto de hombres y mujeres en el contexto urbano de la Ciudad de México, son expresadas a partir de la imagen de la mujer moderna mexicana que incursiona en todos y cada uno de los ámbitos de la sociedad mexicana y de una nueva imagen masculina que ha dejado de predominar en la reproducción de los espacios urbanos, y que proyecta una disposición a compartir integralmente la vida con una mujer que emerge como su igual. Ese es el reto del hombre moderno de las grandes urbes, en sociedades rezagadas culturalmente como las nuestras, donde la figura del *macho* emerge como una caricatura que retrata varones incapaces de adaptarse a los cambios de la modernidad. El estereotipo del hombre tradicional, más

apegado a la figura del *macho mexicano*, desaparece del rostro urbano con el que la sociedad mexicana pretende proyectarse como referente de sí misma, y como imagen de una sociedad moderna a la altura de las más desarrolladas.

La mujer de los sectores populares: entre la tradición y la modernidad

El papel que realiza la mujer en los barrios populares, presiona para modificar el pensamiento masculino respecto de la relación de pareja: también aquí, estamos en presencia de una representación social que refleja esa relación, de una tradicional y una representación emergente de la cual se aprecia una revaloración del papel femenino. Ya ni siquiera se trata de valorar el posible ingreso generado por la mujer, sino del importante papel que desempeña en la resolución de los problemas colectivos enfrentados cotidianamente en el barrio. Las negociaciones con las autoridades para asegurar la prestación de los servicios básicos, es decir, la parte política que garantiza la reproducción de ese espacio social refleja la circunstancia económica que viven las familias vecinas de ese tipo de asentamientos urbanos. Por ello, la actividad de cada familia del vecindario debe garantizar su aportación a la comunidad, de tal forma que conforme el hombre sale a trabajar y la mujer resguarda el espacio privado buscando, normalmente, apoyar el ingreso familiar mediante el trabajo de semiservidumbre (lavar ropa ajena, o emplear parte de su tiempo como sirvienta) garantizando así la participación en las actividades colectivas de carácter político que la comunidad del barrio exige (Gutmann, 2000).

Como señala Gutmann, la representación de una mujer activa en la vida social del barrio ha permitido que los hombres de ese ámbito social, reconsideren el papel que como *entes masculinos* han de cumplir. Este autor plantea en su investigación cómo en el imaginario de colectividad que se incorpora a la vida de la capital desde la marginación social se combaten las actitudes "machistas", rasgo de la masculinidad que se le atribuye a las culturas como las nuestras, o en general, a los estratos populares, aun de sociedades desarrolladas donde los especialistas en los estudios de género han descubierto cómo los obreros, claramente subordinados en sus espacios de trabajo, encuentran en el espacio privado, en su relación de pareja, la única posibilidad de reconocerse así mismos como poseedores del poder (Giddens, 1991). En ese proceso de integración urbana, se observa cómo los varones van cambiando de mentalidad respecto del valor que socialmente se concede al género femenino, pues la participación de la mujer tanto en el hogar como en la comunidad es fundamental en la reproducción de la familia. El hombre de esos lugares se está volviendo consciente de que el papel desempeñado por la mujer es tan importante como el que él puede realizar como proveedor económico, pues es cada vez más consciente de que por sí

solo no podría hacer frente a sus compromisos sociales, ya sea que la mujer aporte algo al ingreso familiar o no.

Esta imagen urbana en la cual se sugiere un reequilibrio entre los géneros, sin lugar a dudas es una de las mejores expresiones del cambio cultural que la sociedad mexicana vive desde los años sesenta. Esta generación que urbaniza los predios bajo el nombre de Santo Domingo, es una clara expresión de cómo los ciudadanos de las grandes ciudades van introyectando en su personalidad los valores de una modernidad que adquiere objetividad mediante la nueva relación entre los géneros. El discurso feminista que ha impregnado todos los ámbitos sociales, la politización de lo personal, la creación de instituciones que cifran su razón de ser en el reconocimiento de los derechos femeninos, el mismo avance de la democracia, y la presencia indiscutible de los medios masivos de difusión, constituyen el detonante de un cambio cultural que inevitablemente combate a la *tradicción*. La igualdad social, así como la igualdad entre los géneros, es un referente obligado de quienes forman parte de este mundo globalizado, sobre todo si es el caso de las sociedades urbanas expuestas permanentemente a las tendencias de la modernidad, a diferencia de las rurales, que pueden ser más refractarias al cambio.

Nuestra ciudad se transforma y no necesariamente en el aspecto material, sino como expresión de lo social. Su imagen moderna no se observa exclusivamente a partir de lo que la misma sociedad proyecta de sí misma, como idealización del *querer ser*, sino de un discurso inaudible, silencioso, invisible, entre las imágenes de una modernidad que todavía no gana la batalla a la tradición, y una sociedad que va tejiendo sus redes de intercambio a partir de nuevos referentes culturales que reflejan la emergencia de identidades modernas de hombres y mujeres. Esto se da en todos los ámbitos sociales: así sea el caso de los sectores más desprotegidos de nuestra sociedad, el mercado los margina del consumo de muchos de sus productos, pero la cultura y su proyección a partir de los medios de difusión masiva los incorpora en este complejo proceso de cambio cultural.

La representación masculina en extinción: el machismo

Si nosotros sostenemos que vivimos en una *sociedad machista*, o cuando menos *patriarcal*, estamos asumiendo que el actor social visible en la reproducción de los géneros es el hombre. El dominio masculino que supone aceptar que la mujer sigue subordinada al hombre, se tendría que traducir, en la lógica del espacio urbano, en un rostro masculino de la sociedad urbana. La imagen que la sociedad proyecta de sí misma sólo sería posible a partir del papel preponderante que culturalmente desempeñaría el hombre, los espacios sociales con su materialidad urbana estaría ocupada

predominantemente por los hombres, situación que no acontece en la vida social de las ciudades de nuestro país, mucho menos en la vena de la Ciudad de México, *megalópolis del mundo subdesarrollado*.

De tal forma que si el estereotipo del famoso *macho mexicano* se va superando en el proceso del cambio cultural que hace cada vez más asequible la modernidad, esa figura habrá de desaparecer como idealización del imaginario colectivo de la gran ciudad, o tendrá un papel visual marginal, constituyendo un nuevo objeto de la estigma-tización por seguir la idea de Gofmann (1970). El machismo es la negación de la modernidad en el contexto de la reproducción social de los géneros: masculino y femenino. Así que si aceptamos que la masculinidad tradicional ha entrado en crisis (Montesinos, 2002), entonces si el proceso de urbanización fuera a la par de la relación entre los géneros, la imagen de aquel hombre predominante estaría visiblemente disminuida en el México actual. Y el rostro urbano de la gran Ciudad de México estaría constituido por un reequilibrio entre los géneros y la imagen de la ciudad estaría dibujada a partir de una tierra conquistada por hombres y mujeres. Obvio, en retrospectiva, y desde la interpretación que aquí hacemos, en todo caso conquistada por las mujeres, lo que obliga a compartirla equitativamente. La imagen de la ciudad es construida a partir de la dualidad femenino/masculino, lo que proyecta una nueva relación entre los géneros, la emergencia de nuevas identidades genéricas que hacen posible superar el predominio cultural de los hombres. La crisis de la identidad masculina que ya es presentada en ocasiones de manera en extremo radical (Clare, 2002), se habría de traducir visualmente en los espacios urbanos, desde la iconografía que proyecta la mercadotecnia hasta la presencia concreta de uno u otro género.

Hemos señalado que el rostro urbano que la Ciudad de México adquiere por medio de la mercadotecnia está compartido por las imágenes femeninas y masculinas, sugiriendo el cambio cultural que promueve el equilibrio entre los géneros. Pero qué pasará en la reproducción concreta de la masculinidad, en el terreno de la *tradicción* y la *modernidad*, pues si bien es cierto que la hipótesis general de la crisis de la identidad masculina se genera por el desgaste de un estereotipo que predominó en el pasado, y la necesidad de construir una nueva identidad que fuera más consecuente con los tiempos modernos; ese vacío resulta más grande al momento que se hace visible la emergencia de *nuevas identidades femeninas: las mujeres con poder*. *Esta nueva presencia femenina significa el desarrollo de la imagen de la mujer y la necesaria disminución de la imagen masculina*. De tal forma que esa crisis que sufre el hombre moderno se debe al sentir que su identidad genérica se encuentra disminuida en relación con el pasado. *Es el choque cultural provocado por las identidades femeninas emergentes y una identidad masculina en construcción que no tiene claro su puerto de llegada*.

Sin embargo, aunque todos los elementos están articulados, la parte más dolorosa de esa crisis masculina se da en torno a la incapacidad masculina para mantenerse como

proveedor exclusivo de la familia. Dicha cuestión apunta hacia la principal fuente del poder masculino que era el papel económico que representaba para la familia y a la transformación de las relaciones del mercado donde, en principio, el hombre tiene que compartir la fuente con la mujer. La situación es todavía peor, la crisis económica que viven sociedades como las nuestras vulneran la identidad masculina, pues ya no sólo se trata de una incapacidad para ser el *proveedor exclusivo de la familia*, sino que el hombre moderno mexicano se ve conflictuado, simplemente, porque no puede garantizar su sola supervivencia (Montesinos, 1995). La autonomía de la que antes presumía, sustento de su libertad, está en cuestión... Y esa depresión que cae sobre la masculinidad, necesariamente, ha de expresarse en la reproducción del espacio urbano, en el carácter social de las ciudades, cuya expresión objetiva en la reproducción de los géneros refleja cómo el hombre mexicano moderno, el ciudadano, se debate en la recreación de una identidad conflictiva derivada de la inestabilidad laboral.

El efecto negativo de lo que socialmente vive una sociedad inmersa en una crisis económica tan grave como la que sufre México, desde luego, no aparece en las imágenes que la sociedad proyecta de sí misma y, por tanto, no puede expresarse a partir de la imagen publicitaria de nuestra sociedad. No sería posible que desde las esferas del poder económico se pretendiera introducir en el imaginario colectivo un desánimo por las condiciones que impone el mercado laboral. Sin embargo, el efecto de esa crisis económica se expresa necesariamente en la expresión viva del espacio urbano, pues esos efectos están presentes en el ánimo de la gente, en la reproducción de la personalidad de hombres y mujeres, en la forma que adquiere la relación de unos y otros, en la posición de poder que cada uno tiene en las relaciones de pareja y familiares, en los roles que hombres y mujeres desempeñan tanto en el espacio privado como en el público.

Como sugiere Sennett cuando analiza el efecto que tienen las nuevas condiciones del mercado de trabajo en la personalidad de los hombres, a partir de las relaciones laborales en la *era de la flexibilidad y la crisis económica y su impacto en la esencia humana*. El deterioro de la personalidad a la que se somete el individuo en la lógica del capital en su intento por resolver la crisis que constantemente enfrenta, la superficialidad de la solidaridad al interior de las organizaciones y la incertidumbre que provoca la reingeniería o reinención de las empresas (Sennett, 2000). Esa *erosión que provoca en el carácter de las personas la inestabilidad que supone el cambio al que se sujetan las organizaciones*, hace referencia a una de las causas de las crisis identitarias de todo individuo, situación que se ha de expresar en la reproducción objetiva de las relaciones sociales. Sin embargo, aun reconociendo la gravedad a la que se refiere Sennett, de individuos que tienen trabajo, recordemos que la situación es mucho más grave en economías más endebladas que las desarrolladas. Si de por sí la inestabilidad de las empresas provoca incertidumbre en los individuos que le dan

forma, ¿qué será de quienes se han quedado irremediablemente en el desempleo?, ¿de los que no encuentran otra salida que el subempleo? Evidentemente, la presión sobre la personalidad es mucho más pesada, la situación de los hombres en un contexto de crisis económica como la que vivimos en México, desde luego *corroe el carácter* como sugiere Sennett, pero también *abre las puertas a la denigración humana. La crisis de la identidad humana se hace mucho más patente.*

Con ello queremos sugerir que un rostro oculto de las grandes ciudades como la nuestra, es el que dibuja una patología que poco a poco va siendo colectiva y que se expresa a partir de la *violencia intrafamiliar* y la *descomposición social*. A veces estas representaciones no necesariamente son visibles en el espacio público, pero tienen como escenario “natural” el espacio privado; sea el caso de la violencia material o la violencia simbólica. Sin duda el rostro urbano de esta Ciudad de México ya no puede presentarse a partir de la imagen masculina de un hombre disminuido en relación con el género femenino, *aun sin quererlo abre paso a las identidades emergentes de las mujeres que han logrado revertir el continuum de la tradición.*

A manera de conclusión

Indudablemente, la expresión que mejor descubre el carácter subjetivo de la *Cultura*, son las representaciones sociales, pues su fuerza simbólica expresa una compleja síntesis a la que se alude cuando hacemos referencia al conjunto de costumbres, valores, prácticas y expectativas, compartidas por una colectividad y que, por tanto, es referente para definir las formas de las prácticas sociales, ya sea en el espacio privado o en el público. La cultura como conjunto de conocimientos que se *aprenden, se comparten y se transmiten*, refleja un proceso de aprendizaje social que adquiere expresión mediante el conocimiento formal y el conocimiento simbólico o subjetivo. El primero se consolida mediante el conjunto de instituciones que se encargan formalmente de la educación, los conocimientos acumulados corresponden a una suerte de racionalidad “científica”; el segundo, a ese conocimiento “informal” que se desarrolla por el propio contacto del individuo con la colectividad a la que pertenece, por el *sentido común* que todo el pueblo crea al interpretarse de una y otra forma, de compartir autoimágenes reproducidas por las generaciones que dan objetividad al *continuum social*. Los símbolos que le confieren identidad a una sociedad adquieren forma por medio de *representaciones sociales* que perduran y se transforman en el tiempo al reproducirse en el *imaginario colectivo*, al guiar las prácticas sociales de hombres y mujeres.

De esa forma, el cambio cultural de la sociedad mexicana tiene su mejor expresión a partir de la coexistencia de prácticas sociales que los géneros, hombres y mujeres, reproducen en el espacio urbano como reflejo de la coexistencia de la *tradición*

y la *modernidad*, entre representaciones sociales contradictorias cuyo sentido explica la persistencia del pasado, pero también la emergencia de un tiempo socialmente nuevo que en esencia explica el abandono paulatino de la *tradicción*. Por ello, desde una posible cara de la Ciudad de México, se sugiere la influencia de la modernidad a partir de la representación mercadotécnica de la *nueva mujer mexicana*, una mujer obviamente diferente al estereotipo femenino de los años cincuenta que, en su defecto, vive su espacio privado desde una posición de relativa libertad (incorporación de la tecnología a los quehaceres domésticos, la necesidad de hacer deporte dentro o fuera del hogar, sus visitas a los grandes centros comerciales y, en general, su participación en todos los ámbitos de la vida social), o las *representaciones sociales de las identidades emergentes en el contexto del cambio cultural, donde se aprecia al cuerpo femenino simbolizando el poder*. No obstante, la mercadotecnia continúa aludiendo al papel femenino de reproductor del espacio privado y del manejo del cuerpo femenino como *objeto del deseo masculino*; es imperioso reconocer que la mujer, sobre todo en las grandes urbes como es el caso de la Ciudad de México, *también representa al poder*. Se trata de la proyección de una imagen de la mujer activa, exitosa, que rompe con la imagen del pasado, de una mujer pasiva que asume prácticamente su rol de servidumbre, de confinamiento al espacio privado.

Por su parte, la imagen del *mexicano moderno* que vive en esta ciudad, expresa nítidamente el cambio cultural de una sociedad que idealiza la modernidad "olvidando" al estereotipo del *macho mexicano* como referente de la imagen que la sociedad mexicana intenta construir de sí misma. De tal forma, la crisis de la masculinidad ha permitido construir un rostro moderno de esta megalópolis que en su afán de modernidad ha logrado equilibrar la recreación de su imagen a partir de la dualidad masculino/femenino. El espacio urbano, aparece hoy, compartido por las *identidades emergentes* de hombres y mujeres de este México de principios de siglo.

Bibliografía

- Acosta, Teresa y Javier Uribe (2000). "El pandemónium en la Ciudad de México", en Juana Juárez y Salvador Árciga (coords.), *La ciudadanía: estudios de psicología política y representación social*, UAM-Iztapalapa, México.
- Agacinski, Sylviane (1998). *Política de sexos*, Taurus, Madrid.
- Badinter, Elisabeth (2003). *Fausse route*, Odile Jacob, París.
- Bell, Daniel (1998). *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid.
- Bonet, Joana (2003). *Hombres. Material sensible*, Plaza y Janés, Barcelona.
- Bourdieu, Pierre (1999). *La miseria del mundo*, FCE, Argentina.

- (1998). *La domination masculine*, Seuil, París.
- (1988). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- Carrillo Castro, Alejandro (1999). *El dragón y el unicornio*, Cal y Arena, México.
- Castañeda, Marina (2002). *El machismo invisible*, Grijalbo, México.
- Cisneros, José Luis (2002). "Ciudad, violencia y sexualidad", *Casa del Tiempo*, núms. 35-36, enero, UAM, México.
- Clare, Anthony (2002). *Hombres. La masculinidad en crisis*, Taurus, Madrid.
- Fetherolf, Martha (2001). *Women, gender and work*, International Labour Office, Génova.
- Fisher, Helen (2000). *El primer sexo. Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo*, Taurus, Madrid.
- García Canclini, Néstor (1999). *La globalización imaginada*, Paidós, Buenos Aires.
- (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Conaculta/ Grijalbo, México.
- Giddens, Anthony (1997). *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona.
- (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid.
- (1991). *Sociología*, Alianza Universidad, Madrid.
- Goffman, Erving (2002). *L'arrangement des sexes*, La dispute, París.
- (1989). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, Argentina.
- (1970). *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Argentina.
- Gutmann, Matthew C. (2000). *Ser hombre de verdad en la Ciudad de México. Ni macho ni mandilón*, Colegio de México, México.
- Harris, Marvin (2000). *Teorías sobre cultura posmoderna*, Crítica, Barcelona.
- (1992). *Nuestra especie*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1984). *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*, Alianza Editorial, Madrid.
- Helgesen, Rally (1993). *La ventaja de ser mujer*, Granica, Argentina.
- Heller, Ágnes (1991). *Sociología de la vida cotidiana*, Península, Madrid.
- Héritier, Françoise (2002). *Masulin/feminine II. Dissoudre la hiérarchie*, Odile Jacob, París.
- INEGI (2001). *Indicadores sociodemográficos de México (1930-2000)*, INEGI, México.
- (2001a). *Conociendo las estadísticas en México*, INEGI, México.
- Jodelet, Denise (1986). "La representación social: fenómenos, concepto y teoría", en Serge Moscovici (coord.), *Psicología social II*, Paidós, Barcelona.
- Jusidman, Clara (2002). "Principales políticas y acciones a favor de las mujeres en el gobierno del Distrito Federal", en Dalia Barrera Basols (comp.), *Participación política de las mujeres y gobiernos locales en México*, Gimtrap, México.

- Lipovetsky, Pilles (1999). *La tercera mujer*, Anagrama, Barcelona.
- (1994). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Anagrama, Barcelona.
- (1986). *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona.
- Martínez V., Griselda (2002). “Violencia masculina. De las fantasías sexuales de los géneros al acoso sexual”, *El Cotidiano*, núm. 113, UAM-Azcapotzalco, México.
- (2001). “Los límites del poder femenino”, *Casa del Tiempo*, febrero, UAM, México.
- (2001a). “Ejecutivas: una nueva presencia en los espacios del poder”, en Dalia Barrera (comp.), *Empresarias y ejecutivas. Mujeres con poder*, Colegio de México, México.
- (1995). “Los retos de las mujeres ejecutivas ante los nuevos liderazgos”, *Nueva Sociedad*, núm. 135, enero-febrero, Venezuela.
- (1993). “La mujer en el proceso de modernización en México”, *El Cotidiano*, núm. 53, UAM-Azcapotzalco, México.
- Montesinos, Rafael (2002). *Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*, Gedisa, Barcelona.
- (2002a). “La masculinidad ante una nueva era”, *El Cotidiano*, núm. 113, UAM-Azcapotzalco, México.
- (2000b). “La masculinidad. La cultura y las tendencias genéricas en el México contemporáneo”, *Casa del Tiempo*, febrero, UAM, México.
- (1996). “Vida cotidiana, familia y masculinidad”, *Sociológica*, núm.31, mayo-agosto, UAM-Azcapotzalco, México.
- (1995). “Cambio cultural y crisis en la identidad mexicana”, *El Cotidiano*, núm. 68, UAM-Azcapotzalco, México.
- Moscovici, Serge (2003). “Notas hacia una descripción de la representación social”, en *Psicología Social*, núm. 2, enero-junio, México.
- Naisbitt, John y Patricia Aburdene (1998). *Megatendencias 2000. Diez nuevos rumbos para los años 90*, Norma, México.
- Parsons, Talcott (1982). *El sistema social*, Alianza Universidad, Madrid.
- Pinte, Vinciane (2003). *La domination féminine. Une mystification publicitaire*, Éditions Espace de Libertés, Bruselas.